



Torres y campanarios...



de Andorra dorados por el sol



... calles misteriosas...

¡Oh, gran país para pequeños sueños! ¡Oh, pequeño país para grandes negocios!

*

San Julián de Loria. Como si estuviera preparado para la fotografía de ocasión, este primer pueblo andorrano nos brinda una escenográfica instantánea. Dos gigantes serrijones acabarán por estrujar el caserío. Bonita calle principal — hondos portales, tiendas, anchos tejares, balconadas de madera — y una fuente en medio de una plaza. Y un rebaño de ovejas rodeando a la fuente. Pequeña aldea con el signo unitario de la «civitas». Huella comercial y rural. Ajeteo de burgo fronterizo. Por lo demás, son mil habitantes, contando diez o doce lugares y masías anejas.

La carretera sigue subiendo hacia la capital de los Valles: Andorra la Vella. El paisaje se abre en la profundidad de las montañas. De lejos, el caserío se alarga al pie del pico de Anclar. Prados, huertos, corrales, ciñen las casas negruzcas. Granito y pizarra entre el verdor. También rojos tejadillos modernos. Nos sentimos ingenuamente felices al comprobar con nuestros ojos aquellas tres o cuatro líneas de la geografía escolar cuando decíamos: «Andorra, capital Andorra la Vieja. Produce pastos, ganados y maderas. Seis mil habitantes. Extensión superficial... Religión... etc.»

Bajamos por un callejón pedregoso, cerrado al fondo por la Casa de la Vall. Huele a establo y humo hogareño. Una puerta en arco de medio punto, coronado por el escudo nacional: la mitra y el báculo de la soberanía episcopal; las barras de los condes de Foix, antiguos señores; dos vacas del Bearne, viejo símbolo de los reyes navarros; las cuatro barras catalanas.

La Casa de la Vall es un caserón venerable, con tejado a dos aguas y una torre cuadrada en uno de los ángulos. En el lado contrario, para proteger la entrada, una garita de piedra cuelga del alero. Portaleza y casa solariega a la vez con el corral circundante. En los bajos están el archivo, la curia de los «Bailes», las cuadras y la cárcel. Arriba, el salón de sesiones, con escaños labrados; una gran cocina para los consejeros el día que se reúnen; una pequeña capilla dedicada a San Armengol, con la bandera de Andorra — roja, azul y gualda—, y otro salón con frescos murales, que se utiliza para escuela.

Este es todo el aparato oficial de Andorra. Pero lo más decorativo, sin duda, es el Obispo Príncipe, rodeado de su Consejo, todos con sus tabardos hasta las botas y los sombreros de tres candiles. Primitivamente, los consejos se abrían en los porches de las iglesias. Mas no soñemos demasiado en Arcadias.

Esta Casa del XVI, que parece un Ayuntamiento rural, está regida por un ciudadano, de pantalón, chaqueta, boina y corbata, que habla, naturalmente, el castellano, el catalán y el francés. El Síndico — representante y presidente del Consejo — es un honesto comerciante de paquetería y paños, con su tienda en San Julián, en la calle de la carretera. Ya él, hombre grave pirenaico, será nuestro amable acompañante y espléndido anfitrión. Es el Roosevelt de aquí. Como él, ha sido reelegido. Él y los dos «vegueros» — vicarios, lugartenientes — de los Consejeros forman la plana mayor del Gobierno.

*

Ha terminado la comida. Nos hallamos en Las Escaldas, lugar anejo de la capital, ante un paisaje impresionante de belleza. Las montañas, erizadas de abetos y pinos, se nos echan encima. El valle se ha cerrado ante nosotros en un inverosímil cataclismo. Todo el contorno es atormentado y bárbaro. ¡Pero qué buen sol, qué claridad en el misterioso Pirineo! El aire, finísimo y transparente, es el mejor huésped de los Valles. Parece el aliento de la nieve al derretirse en los glaciares inaccesibles.

Cuelgan las casas sobre los barrancos húmedos, por donde se despeña el Valira. El Valira es el río nacional de Andorra: unas melenas de agua esmeraldina, prendida en las sienas de cuarenta estanques y ventisqueros. El solo riega todo el cuerpo de Andorra en dos brazos — los dos únicos valles viables — que se juntan aquí entre la capital y Las Escaldas.

He tratado de interpretar su estruendo de torrente. Tal vez va cantando baladas insepultas que ningún poeta ha recogido, porque ésta no es tierra de poetas. Juguetón como niño endomingado, embiste setos y peñascos, sin querer mirarse en el cielo ni escuchar a los pájaros. Pero canta interminablemente con su voz primitiva. Su propio nombre es un halago del oído. Siempre rizado en levantisca espumas, huye gozoso de los hielos eternos, con todas sus aguas hacia España, vigilando la independencia, pero no hurtando el cariño, hacia el Segre, hacia el Ebro, hacia el mar de la romanidad.

El Valira es la lira de Andorra.

*

El hotel donde posamos está también en la carretera. Todo aquí está en la carretera, salvo las masías solitarias y los chozos pastoriles. Es un hotel petulante, turístico, con el inevitable mostrador de postales y chucherías de recuerdo. Música de radio de la emisora andorrana, cuyo edificio, nuevo y ¡cubista!, se ve desde aquí sobre una peña. Además, una fábrica hidroeléctrica — propiedad de una compañía francesa, como el hotel lo es de los Benedictinos españoles de Montserrat — ha destruído ya en nosotros todo prejuicio idílico. La luz eléctrica, en los Valles, no cuesta apenas nada. Calefactores y hornillos están a la orden del día. ¿Y los troncos de leña en las antañonas cocinas ahumadas...?

Pero queda, sin duda, el elemento humano, estos ejemplares ceceños y ariscos, que pastorean vacas y estrellas.